

SUPLEMENTO FEMENINO DE EL BIEN PÚBLICO

Mahón 25 de Agosto de 1934

Núm. 579

«Cine» y los niños

¿Qué habrá madres tan inconscientes o negligentes que permitan ir, y hasta algunas veces ellas mismas a sus hijas al cine? Viendo la infinidad de niñas de diez, de doce años, fijos sus ojos con gran atención en la pantalla, en donde se representaba una obra que no era precisamente ningún canto a la virtud, sino que se desarrollaba en los bajos fondos de París, entre ladrones y apaches, cuantos miserables y repugnantes, no son muy fáciles de olvidar para ponerlas delante de niñas de poca edad.

¿Necesidad tienen esas criaturitas de conocer la vida que tienen miserias que repugnan y que les da pena? ¿Qué bien puede hacerles a ellas saber que las niñas que viven, que ríen, que gozan, que se divierten, que son felices a su modo y que no tienen más que Dios que sus vicios y sus pasiones, que no cuenta para nada ni el honor, ni la consideración de las personas, ni su propia estimación? Si a ellas les enseñan esas chiquillitas en la pantalla, que se ven despreciadas, el vicio y la maldad, ¿eso pudiera servirles de provecho algún día en la película a que me refiero, la propia vida de una desgraciada—sigue feliz su vida—y mañana otro día como ella misma con un clínico desenfado.

¿Cuántas veces habremos las mujeres suspirado al ver a esas niñas? ¡«Si yo fuera hombre...!» ¡«Si yo fuera Rey, o... si yo fuera Presidente de la República...!» ¡«Si yo tuviera alguna autoridad...!» ¡«Y cuántos planes y proyectos habrían hecho! Yo haría esto... o aquello... o lo otro... pero el cambio no se realizaba, y guardando nuestros planes y proyectos en nuestro bolsillo, sin que pudiera darles el aire ni pudieran ponerlos en práctica; pues bien, yo ahora que tantas veces he dicho: Si yo fuera hombre, prohibiría terminantemente la entrada en el cine a los niños.

Los niños están en edad de jugar, de estudiar, de pensar más que en los libros, en las muñecas, en los cuentos; ¿qué les importa a ellos, ni a sus padres, ni a sus maestros, ni a sus abuelos, ni a sus tíos, ni a sus primos, ni a sus vecinos, ni a sus amigos, ni a sus enemigos, ni a sus enemigos de la vida, ni a sus enemigos de la muerte, ni a sus enemigos de la eternidad, ni a sus enemigos de la eternidad? ¿Qué les importa a ellos, ni a sus padres, ni a sus maestros, ni a sus abuelos, ni a sus tíos, ni a sus primos, ni a sus vecinos, ni a sus amigos, ni a sus enemigos, ni a sus enemigos de la vida, ni a sus enemigos de la muerte, ni a sus enemigos de la eternidad?

La conciencia del niño es sagrada; hay que respetarla poco a poco, con cariño, con cultura, con desvelos; a los diez, a los doce, a los quince, todavía no tienen arraigados sus sentimientos, sus ideas empiezan a crecer, a prender, a inclinarse hacia el mal que les rodea, depende del ambiente en que se encuentran, de los ejemplos que vean. Por eso a esa edad se puede abandonar la conciencia del niño, y con fe—para que arraiguen con ideas sanas, limpias, morales; hay que enseñar a esas pequeñas almas el culto que debe tenerse al honor, el deber que tenemos todos en enseñar buenos, honrados y leales para con los demás, y que decirles que no hay nada que les haga perder el cumplimiento de los deberes que la moral nos impone, y que enseñarles a ser más hermosos ni más bellos ante los ojos de la sociedad, que enseñarles a ser limpios, pura, intachable, para que enseñarles a convertirse más tarde en hombres, sean para ellos sus conciencias de París lo lleven sin ningún adorno de piel ni guarniciones, ya que éstas le darían un barroquis-



Pijama para playa con la chaqueta impresa, de crepón grueso.—Conjunto de muselina violeta claro, con un bordado de terciopelo violeta oscuro, adornado con plumas de ave del paraíso

les ayude a apartar de ella las ortigas y zarzas que encuentran a su paso.

¿Aprenderán esto en el cine, viendo películas como la de la otra noche? ¡No! Allí no pueden aprender nada bueno, porque el cine, tal y como está hoy día, no es ninguna escuela de moral; allí sólo verán que la vergüenza y el vicio, la bondad y la maldad, tienen el mismo valor; allí conocerán aspectos miserables y repugnantes de la vida y de las personas, y con estos conocimientos, ¿con qué ilusión, ni con qué fuerza moral, ni con qué fe entran esos niños en la vida? ¿con qué entusiasmo van a luchar después? De antemano se darán por vencidos, por fracasados, por desilusionados...

MARÍA AURORA

Algeciras, 1934.

(De «Ellas».)

La Moda en París

(Servicio del CONSORTIUM DE PRENSA)

París, Agosto 1934.

PARADOJAS

Parece increíble, pero es cierto. Jamás se nos ha presentado mayor variedad de abrigos que en la actual temporada veraniega, en que, por otro lado, el sol ha apretado de lo lindo.

También hemos podido comprobar prácticamente que ninguno de estos modelos sea de la forma que sea, resulta anticuado.

Así, el abrigo de tafetán negro está clasificado hoy entre los más elegantes. El cuello y los reverses de los puños están trabajados con pespunte que evocan el «clocly» que volvía locas a las mujeres de 1922.

Estos abrigos de tafetán son casi siempre tres-cuartos y sus puños son largos, llegando a veces hasta el codo. Las damas super-elegantes de París lo llevan sin ningún adorno de piel ni guarniciones, ya que éstas le darían un barroquis-

mo de mal gusto y es necesario desconfiar mucho del tafetán *empailé*.

Los adornos de pieles en los abrigos, a más de que darían un calor terrible en verano, son muy raros, apenas se ven. Únicamente algunos modistos le dan alguna preferencia al cuello de piel zorruna o al chal de la misma clase que nos cubre el cuello en las tardes y noches frescas.

Por el contrario, la capa, esa encantadora capita que todo el mundo lleva, prenda que tiene a la vez mucho del antiguo bolero y de la capa amplia, se lleva muy bien guarnecida por debajo de «un rien de vison», de zorro o de orangután.

Esta prenda, corta y elegante, puede ser de tono claro si se lleva sobre vestidos oscuros y bastante adornados; no es ni muy calurosa ni muy práctica. Pero es, en cambio deliciosa para vestir bien y puede servir igualmente para llevar sobre todos los vestidos de tarde y noche. Por esto nos explicamos nosotras su gran boga, porque además de elegante, resulta muy económica, ya que una de estas capitas azul-espliego completará con la misma perfección un vestido de tarde tono sobre tono, que un traje de noche negro o azul marino.

Las chaquetillas son también muy *chic*, una verdadera preciosidad. Los colores de las mismas pueden ser iguales en tonalidad o, por el contrario, ofrecer un gran contraste. Los colores, tonos o matices descabalados, jamás han gozado los favores de la moda.

El abrigo largo y señorial persiste. Se le prefiere esta temporada negro, pues así tapa los vestidos que, aunque nuevos o al menos en buen estado, llevamos ya... no diremos que el pasado invierno, sino durante el anterior otoño de los días templados. Así aprovechamos muchas, dignamente, gracias al abrigo largo, las ropas un tantico *demodées*.

Un abrigo bueno negro es indispensable a toda mujer que estime su elegancia. Debe preferirse de línea y tejidos simples, con el fin de que pueda servir para el año próximo, por mucho que cambie la moda. Las mangas pueden ser, indistintamente, cortas o largas, eso queda ya al

gusto de cada cual. Las dos formas se llevan mucho y ambas resultan encantadoras.

Pero conviene tener en cuenta que el abrigo de manga corta no puede cubrir más que vestidos de manga igual, mientras que el de manga larga puede llevarse con todos. El primero reclama guantes largos, buenos e impecables, pues sin ellos fracasaría toda la elegancia del abrigo.

Los abrigos estampados también se llevan mucho y son muy elegantes. En cuanto a la forma, en nada difieren de los anteriores.

A, D'ENERY

La higiene y el calor

Hablar del sudor en una crónica femenina es oportunísimo, no cabe duda alguna, en la estación estival, pero no por eso menos comprometido: conocida es la anécdota de la institutriz que explicaba a una niña los efectos climatéricos del verano sobre el organismo en los siguientes términos: El animal, suda; el hombre, transpira; y las señoritas... tienen calor.

El verano para las mujeres, para nosotras, tiene, entre muchas ventajas, no pocos inconvenientes. Nuestro peor enemigo en los días ardorosos de estío es el sudor (serosidad clara que sale por los poros de la piel) o transpiración (transpirar: pasar los humores de la parte interior a la exterior del cuerpo a través de los poros de la piel), pues el fenómeno se produce con evidente perjuicio de los vestidos, del olfato y de la comodidad. El sudor es un problema que adquiere caracteres pavorosos para muchas señoras en la estación que atravesamos.

Sin embargo, existen medios y recursos para combatir sus efectos y por reflejo la grasa que inunda nuestros rostros, aminorando las desagradables consecuencias que atacan terriblemente a nuestro maquillaje de mujeres bonitas y presumidas.

Cuidad, por las mañanas, antes de proceder a haceros el tocado, de lavaros con agua caliente, añadiéndole unos veinte gramos de bicarbonato.



Vestido de crepe dingo impreso rosa, gris y negro con una capelina de terciopelo negro, adornado con plumas de ave del paraíso

Con esta solución os aseáis el rostro y ya tenéis un medio para desterrar la grasa de la epidermis y amortiguar sus efectos. La cara quedará tersa, fresca; aunque el sudor luego reaparecerá, claro es, si el ejercicio o la temperatura han mandado con violencia sobre vuestra fisiología.

También es conveniente, por las tardes, antes de salir de paseo, practicar la misma operación, adquiriendo la confianza de que esta fórmula remediará en lo que cabe, las molestias horribles de veros inundadas por las secreciones glandulares de vuestras mejillas.

Para el resto del cuerpo, el mejor tratamiento es bañarse un par de veces al día, dándose después del baño un masaje general con agua de colonia.

Cuando el sudor es tan desagradable al olfato que no responde de una manera total a este procedimiento, naturalmente sin prescindir de él será preciso emplear el siguiente preparado:

Polvos de arroz	70 gramos.
Subnitrato de bismuto	25 »
Polvos de talco	100 »
Permanganato de potasa	5 »

La mezcla todo ello ha de estar reducida a un polvillo impalpable, para lo cual esta receta inglesa ha de prepararse en una buena farmacia. Se aplican estos polvos por medio de una borla, extendiéndolos por el busto, sobacos, muslos,

cuello, brazos, manos, pies y demás partes del cuerpo, cargando la dosis en aquellas donde el sudor se manifieste más.

Cuando el olor desagradable es en los pies, en esos pies tan lindos de Venus modernas que no queréis ver mancillados por el sudor, se emplea la fórmula siguiente, la cual me ha sido confiada por una buena amiga, artista de la pantalla:

Agua destilada	250 gramos.
Bricomato de potasa	25 »
Esencia de romero	2 »

Antes de untarse bien los pies con esta mezcla, se lavan minuciosamente con agua y jabón.

En verano es altamente recomendable a todas las mujeres que sudan mucho la agregación a su baño diario de dos o tres gramos de permanganato de potasa.

Todavía existe otra fórmula muy en boga entre las mujeres a quienes les sudan las manos, pues no hay nada más repulsivo que, cuando nos saluda alguien, tenderle una mano empapada y viscosa. Esta receta manual consiste en el preparado siguiente:

Borato de sosa	15 gramos.
Acido salicílico	15 »
Acido bórico	15 »
Glicerina	100 »
Alcohol	100 »

Se mezcla bien y se friccionan las manos dos o tres veces al día con este líquido.

Con idéntico fin, se emplea aún otro preparado de uso más simple y corriente.

Agua de colonia	150 gramos.
Tintura de belladona	20 »

Se frota y restregan bien las manos con una cucharada de esta mezcla, efectuando la misma operación tres o cuatro veces por día.

Para el sudor de manos y pies, indistintamente, hay un remedio que consiste en bañarse las extremidades de que se trate con agua caliente, en la que se haya echado vinagre, mostaza o alcohol alcanforado. Por la noche se aplica la pomada siguiente: Ictiol, 10 gramos, trementina, 10 gramos; pomada de óxido de zinc, 20 gramos. Durante el día se espolvorean los pies con dos gramos de harina de mostaza y setenta gramos de talco.

París, Agosto 1934.

MISS ANY

BECQUERIANAS

En el jardín solitario
que es nido de tu pasión,
entre lágrimas amargas
dejé un beso y una flor.

Aquel beso de mi alma
el viento se lo llevó
pero la flor todavía
agoniza en un rincón.

Era aquel beso mi dicha
que para siempre volé
y la flor era el emblema
de mi triste corazón.

DIÁZ DE ESCOBAR

DE COCINA

EMPANADO A LA INGLESA

Un huevo, un poco de sal, otro tanto de pimienta blanca, una cucharada de aceite crudo y otra de agua fría. Se bate bien. Se pasa el lenguado primero por harina y se sacude; luego se lleva al huevo y por último del huevo al pan. En un decilitro de aceite se pone una cucharadita de manteca cuando ya está caliente el aceite. No deben estar cubiertos los lenguados sino la mitad de su grueso y con fuego moderado. Se frien y escurren bien. Se colocan en una fuente larga, rellenando el interior del lenguado de manteca de «maitre d'hotel», y el fondo de la fuente se cubre de jugo. En esta disposición quedan los lenguados a la empanada inglesa para chuparse los dedos.

BESAMELA

Se preparan treinta gramos de manteca, otros tantos de harina fuerte y tres decilitros de leche. Se pone en una cacerola la manteca y la harina, haciéndolas cocer un poco, moviéndolas sin cesar. Luego se echa la leche hirviendo, en varias veces, trabándola cada vez que se echa, una vez incorporado el total de leche, se sigue trabajando, siempre al fuego, se sazona con sal, pimienta blanca molida y un poco de nuez moscada, dejándola hervir cinco minutos sin dejar de moverla. Debe quedar como una crema para servirla al enfriarse.



Chequeta y beret de topo azul marino, que es elegante y quedan muy bien sobre una falda lanita o crepe de seda grueso

Yo imaginé una quimera

Yo imaginé una quimera...

Interrogué a las estrellas,
a las nubes y a los vientos.
Y me asomé a la callada
profundidad de los cielos
y las aguas. Y llamé,
al concierto de los ecos.
Más todo me devolvía
mi anhelo, como un espejo...

Y es que mi ensueño y mi
no fueron más que quimera.

ANDRÉS CASASNOVA

LECCIONES DE COSA

LAVADO DE LA CABEZA

Se puede hacer un «champooing» económico disolviendo en un litro de agua cien gramos de jabón negro y diez de carbonato de sodio. Se perfuma la mezcla se echan algunas gotas de esencia de espliego. En el instante de lavarse la cabeza se calienta un poco y se emplea sin añadir agua. Después se aclara el pelo con agua corriente.

Imp. de M. Sintet Rotger.-P. Pablo Iglesias, 17.



Vestido de playa de tela antigua blanca a cuadros multicolores.— Vestido de puntilla color topo, con una toca de picot negro y crosses

FOLLETÍN DE «EL BIEN PÚBLICO»

EL HADA ALEGRÍA

— POR —

RAFAEL PÉREZ Y PÉREZ

(82)

—Marcharte... «por que no hay amor tan fuerte, que ausencia y tiempo no acaben» que dijo el poeta—contestó sentenciosa la dama.

—¿Y si ella me amase?—suspiró el joven, en lucha todavía.

—Si te ama ya lo sabremos.

—Y entonces... ¿vendría?

—Sí, entonces, vendría.

—¿Lo sabe Alfonso?

—Lo sabe todo.

Ocupado en sus preparativos de viaje, no vio a Gloria porque no bajó al comedor. La joven, presa de una gran nerviosidad, apenas comió, sintiendo flotar en el ambiente del castillo, de ordinario sereno, algo insólito y extraño. Pilar, compadecida de sus angustias, trató de calmarla.

—Pero no seas chiquilla, Gloria, tranquilízate. Estás muy agitada,

—No se batirán, ¿verdad?—sollozó apuradísima.

—¿Qué tonterías estás hablando? ¿Acaso ha sucedido algo tan grave para todo eso?

Pero no conseguía gran cosa la señora con sus exhortaciones. Gloria repetía que ella tenía la culpa de todo lo ocurrido y que no se perdonaría nunca la imprudencia... Al decir esto, sollozando amargamente, apoyada en el hombro de su madrastra, pasaban por la puerta de la Cámara del Rey y aunque hizo todo cuanto pudo por sofocar el llanto apretujando el pañuelo entre los labios trémulos, aún alcanzó a oír algo del Conde de Fenollar.

Rodríguez, que le ayudaba en el arreglo de una maleta mientras Blondin tomaba por su cuenta un gigantesco baul, le miró un momento. Tembloroso el joven, arrojó al suelo con violencia un libro que tenía entre manos y murmuró mirando al viejo servidor:

—Esto no puede ser... ¡no puede ser!... Lo mejor es que me marche cuanto antes.

—Sí, señor Conde, nos marcharemos.

Rodríguez habló en plural y el joven se extrañó.

—¡Nos marcharemos...! ¿Qué quieres decir?

—El señor ha dispuesto que yo vaya también con el señor Conde.

Dibujóse una gran expresión de alegría en el rostro apenado del diplomático y bajando la voz y acercándose al mayordomo díjole con cierta melancólica ternura:

—Entonces cuando estemos allá en Suiza, lejos de Fenollar, ¿me hablarás mucho de ella?

El viejo inclinó la cabeza sin contestar, en señal de asentimiento.

Hacia las seis de la tarde fueron a anunciar a la señora de Róspide la visita de Ardieta, y sin poder evitar una ligera agitación, pues tampoco se sentía ella muy tranquila desde el incidente de la víspera, bajó al salón de los Tapices.

Manuel Ardieta, después de una noche de insomnio, había tomado su partido. De pie, saludó respetuosamente a la dama y luego, con voz entrecortada, balbuceó:

—Vengo, señora, a presentar a usted mis excusas por la brusquedad de

que hice ayer uso en mi conducta. Espero que usted, que es una mujer de talento y de mundo, sabrá apreciar las angustias que me atormentaron en aquel instante hasta el punto de ofuscarme...

Se le ahogó la voz en un suspiro. La señora que le conocía bien, que sabía la delicadeza de su sentir, su modo de ser caballeresco y honrado, se sintió conmovida, no por lo que oía sino por lo que adivinaba, y poniéndole encima del hombro la mano con un ademán maternal, le aseguró cariñosamente:

—Puede usted creer, amigo mío, que me hago cargo perfectísimamente de lo sucedido. Sé algo de los grandes amores de los hombres, de las penas calladas, de los celos sofocados que ponen el corazón en tensiones violentas. Sé también de los nobles sentimientos, de las generosidades inherentes a ciertos temperamentos apasionados, y espero, me atrevo a esperar... que lo que entre usted y mi hijo haya mediado de áspero y amargo se borre y se olvide.

—Gracias. Puede usted esperar por mi parte—exclamó el joven besan-

do la mano perfecta de la señora Róspide—. Y créame que estoy dispuesto a hacer lo que sea necesario para la felicidad de Fernando... y de Gloria.

—Mi hijo sale mañana para Suiza.

—respondió con firmeza la dama.

—¡Oh!—protestó Ardieta—, yo quien debo irme, el extraño, el que se ha mezclado en la vida de usted para traer dolorosas perturbaciones.

Y el Conde de Fenollar debe quedar para gozar de la dicha que Dios le para... ¡quizá porque con su silencio con su callar sufrido, la ha merecido más que yo!

—¡Cállese, Ardieta! El mayor dolor que puede usted hacernos por ahora es el de callar. Además, no es usted el llamado a obrar. Gloria es la que debe ser libre de influencias extrañas, debe decidir. Ya lo hará y, mientras tanto, callemos todos.

—¿No podrá verla?

—No. Está muy nerviosa, muy agitada. Necesita reposo.

Suavemente, con su tacto apaciguador, la señora de Róspide apaciguó los nervios alterados del joven. Un poco más tarde salió de Fenollar un diferente estado de ánimo del que